

Ligera reseña del estado de Roma, poco antes del establecimiento del Cristianismo.

Toda revolucion que carece de un pensamiento grande, fecundo, civilizador, parece ahogada en sus propios brazos, por mas que la favorezcan algunos elementos de triunfo y de estabilidad. Toda revolucion que, por el contrario, lleva en su seno gérmenes de mejoramiento y progresivo desarrollo de la condicion humana, tiene asegurados sus futuros destinos, por terribles y amargas que sean las pruebas y los peligros por los que haya de atravesar.

Asi es como espiró el paganismo sostenido por los Reyes, por la República y por el Imperio, y ardientemente predicado por los apóstoles de las filosofías idólatras en la antigua Roma. Asi es como la idea civilizadora, personificada en Jesucristo, sale de Belén humilde, pobre y perseguida, para iluminar con sus resplandores—sobre todas las cabezas y sobre todos los pueblos—las tinieblas del porvenir.

Pero no sucede lo mismo en los últimos dias de la Roma Cesárea; todo contribuye á la sazón á preparar el triunfo del pensamiento cristiano, que, andando el tiempo, ha de regenerar al viejo mundo sobre bases mas equitativas, mas humanitarias y mas sólidas.

El respeto á la autoridad imperial, casi deificada hasta la época de la decadencia de Roma, desaparece completamente con el reinado de los Maximinos, Calígulas, Neronés y otros mónstruos coronados, que precipitan con sus torpezas y tiranía la caída del coloso. El pueblo Romano, ese *ladron* nacido de las entrañas de una *loba*, y arrullado en su cuna por los bandidos y salvajes que comienzan á poblar el territorio primitivo levantando cabañas, donde en lo venidero habian de brotar palacios, circos y basílicas; el pueblo romano, que habia amarrado á su carro á los reyes vencidos, universalizado sus rápidas conquistas, y paseado sus legiones por la tierra conocida, comienza á experimentar los síntomas de la crisis funesta que va minando su brillante existencia.

No hay una religion santificada y popular; no hay una creencia nacional; no hay una idea organizadora y moral que ponga remedio á la gangrena de aquel cuerpo, antes robusto, y ya podrido y lleno de gusanos. El politeísmo, mas todavía, el panteísmo anega bajo su diluvio de símbolos y de divinidades á las religiones mas preponderantes. En el seno de cada familia hay un Dios diferente; en cada altar doméstico un *penate*. Los seres de un orden superior, que son para los unos objetos de adoracion y de amor, sirven á los otros de escarnio y desprecio.

No menos desacreditado encontramos al Sacerdocio. El Emperador es tambien el *Pontifex Maximus*: en sus manos se reconcentran todas las facultades eclesíasticas; la civil como la militar, la administrativa como la judicial, la religiosa como la legislativa, en virtud del *derecho* de la usurpacion. Porque, ¿de qué sirven los poderes legales, á quienes corresponden todas esas diversas facultades y atribuciones, cuando ya no se acata otra voluntad que la *imperatoria*, en ese pueblo de esclavos? Siendo, pues, el Emperador el jefe de las religiones, y habiéndose borrado ya la venerable tradicion de respeto á la autoridad, por los excesos de los Emperadores, facilmente se comprende cual va á ser el destino de los cultos paganos y de la gerarquía sacerdotal.

Los maestros de la filosofía multiforme de esta época, impregnada del escepticismo griego, ridiculizan con sus sátiras y desvergonzados sarcasmos así las ceremonias

estravagantes de la idolatría, como las imágenes que han sido hasta aquí obgeto del fanatismo popular.

Las antiguas virtudes cívicas, el patriotismo de que tantos ejemplos ha dado la ciudad eterna en la era republicana, no brillan ya en la ciudad imperial. Han reemplazado al espíritu guerrero y conquistador, la indolencia, la servidumbre y el afe-minamiento sibarítico; á la sencillez democrática el fausto y la pompa orientales; á la severa honestidad de las Lucrecias la prostitucion desenfrenada de las Mesalinas; á la nobleza de alma el envilecimiento; á la abnegacion el egoismo.

No hay nacionalidad; el imperio es una *Babel* de nacionalidades ó agregaciones heterogéneas. No hay unidad en el poder, ó, por mejor decir, tantas unidades hay cuantos son los partícipes ó delegados del gobierno supremo. El pueblo romano se ha convertido en un pueblo de cortesanos, entregados al abandono y á la refinada molicie de las costumbres asiáticas; así es que pone el mando de los ejércitos en manos de los estrangeros, los cuales no pocas veces vuelven las armas contra los señores del mundo, relajando de esta manera la disciplina de los soldados, y acostumbrando á los pueblos á la desobediencia y á la rebelion; hechos todos que, unidos á otras causas, no menos poderosas, han de producir mas tarde la invasion y el desmembramiento.

Ademas de todos esos vicios que corroen el cuerpo del Imperio, en vez de extinguirse, ha ido creciendo en los pueblos conquistados el deseo de recobrar su perdida independendia; que el sentimiento de la independendia solo muere con las naciones. Y no puede menos de suceder así, pues—aparte de la multiplicada diversidad de hábitos, de costumbres, de idiomas, de tradiciones y de creencias que reinan en todos estos pueblos y razas distintas—es ya punto menos que imposible prolongar la duracion de un Imperio tan vasto, á causa de la inmensa distancia á que se hallan del poder central no pocas provincias, y á causa tambien de la lentitud de las comunicaciones cuando es preciso apagar una sublevacion ó dictar medidas urgentes.

El edificio comienza á temblar de la base á la cúspide, sacudido por las sediciones militares que se repiten en varios puntos del Imperio, y en el seno mismo de la Capital; y en las cuales se disputa aquel trono envejecido ya, débil y sin el prestigio que le ha conservado la tradicion: estas alteraciones del orden social son tan frecuentes y de tan mala indole, que en el solo espacio de siglo y medio perecen por la violencia y por la traicion sesenta candidatos al Imperio.

Al siglo de Augusto, memorable para siempre en los fastos de la historia de las ciencias y las artes, ha sucedido el reinado de la fuerza bruta, de la intriga y del espionage, de la inmoralidad y de la rapiña.

Las clases guerreras como las sacerdotales, las aristocráticas como las plebeyas, las científicas como las agricultoras, han degenerado tanto de su origen, cuanto ha crecido la cinica insolencia de los que, cubiertos con la púrpura, son los primeros con su egemplo en borrar hasta los últimas señales de la magnificencia histórica y de los recuerdos gloriosos del gran pueblo.

Rotos de esta manera todos los vínculos que robustecen la ecsistencia de las naciones—puesto que ninguno verdadero liga al pueblo entre sí, ni con el poder;—corrompidas las costumbres sociales, políticas y religiosas que siempre son la garantía mas firme de las dominaciones, cualesquiera que sean estas; déjase conocer que es llegada la hora solemne de un acontecimiento maravilloso que trasforme esta sociedad caduca y miserable.

Hay, ademas, que hacer otra consideracion importantísima.

La civilizacion no se ha estinguido nunca, ni hay voluntad humana que detenga su marcha: lo mas que ha hecho—despues de aquellas épocas inmortales en que ha recorrido aceleradamente grandes espacios en poco tiempo,—ha sido acortar el paso y tomar aliento, mientras que las ideas preparan y despejan el camino que en adelante ha de emprender. Estas ideas no son otra cosa que emanaciones del pensamiento divino, el cual, siendo, como es, eterno é inmutable, y, ademas, el alma del mundo y de todo lo creado, asi preside al movimiento de la naturaleza física, como al movimiento de la naturaleza moral é intelectual de la especie humana.

Las civilizaciones Hebráica, Egipcia y Griega, habian andado mucho. Su carrera habia sido magnífica, fecunda, luminosa: las unas habian recogido el legado de las otras. Asi, el principio social—despues de haber iluminado al Oriente—debía pasar á esclarecer las regiones Occidentales, aletargadas en los brazos de la barbarie. Por eso del pueblo de Moisés, la civilizacion emigró al pueblo de los simbolos, de los geroglíficos y de los monumentos ciclópeos; y de este al foro y á las Academias de Atenas.

Grecia moribunda entrega la preciosa herencia al pueblo de Rómulo, y este cumple su tarea, que es la de civilizar á los países con quienes mantiene relaciones. Fatigada tambien la civilizacion Romana, bajo el peso de sus laureles, camina lentamente como si atravesára una senda erizada de espinas, cuando ya oscurecen espesas nubes el horizonte del Imperio.

No ha perecido el pensamiento cristiano; se mantiene vivo, pero enterrado en las catacumbas y en las cuevas de los bosques como una lámpara que arde en un sepulcro. Si alguna vez asoma su luz, se desatan las mas crueles persecuciones contra aquellos que tienen el valor de mantenerla, y crece el catálogo sangriento de los Mártires. Pero esa luz debe resplandecer sobre la cumbre mas eminente del mundo: la forma humana del fundador del cristianismo sucumbe en el Gólgota: pero el espíritu divino se derramará por la tierra conocida, como un océano de vida y de salud, para reanimar con su influencia el cadáver de la decrepita constitucion social, de ese otro LAZARO que resucitará asombrado cuando, en medio del acontecimiento esperado, le grite una voz:—«¡LEVANTATE!»—

Ventura Ruiz Aguilera.

EL CREPÚSCULO.

Venid bañadas de rocío leve,
Impregnadas de aromas y armonía,
Auras ligeras que al morir el día
Oreais del hombre la abrasada sien:

Venid lascivas á besar mis rizos,
Venid serenas á prestarme aliento;
¡Puras auras, venid! el firmamento
Puro se muestra á mi anhelar tambien.

Flota en el cielo pabellon de grana
De rubí salpicado y de topacio,
Y velado por él, muriente y lácio,
Desciende el sol al anchuroso mar:

Cierran las flores su pintado cáliz,
Asoma clara refulgente estrella,
Y, faro de la noche, vá con ella
La dulce luna para mas brillar.

Esta es la hora en que se aduerme el alma
Si se halla acaso del placer transida,
Con el recuerdo de ilusion perdida
O con el goce de soñado amor;

Las frescas auras con susurro blando
Visiones mil para la mente crean,
Y la mente y el alma se recrean
Vencidas por su encanto seductor.

Esta es la hora en que remeda el viento
El son de triste lira compasada,
Que el mundo tiene grata y delicada
Solo una voz que se percibe aqui:

Que vagan por la atmósfera radiante
Fantásticas ondinas voluptuosas,
Y se mecen só el tallo de las rosas
Prestando su fragancia al alhelí.

Esta es la hora en que nos llena el pecho
Una suave tristeza indefinible,
Melancólica pena inestinguible
Que impresiona dó quier al corazón.
Que letárgico y plácido reposo
De todas las potencias se apodera,
Y tranquila, cual él, benigna impera
La idea de una mágica ilusión.

Los recuerdos de tiempos venturosos,
Las memorias crueles de amargura,
Los pensamientos de letal tristura,
Del amor la dulzura y el penar:
El bello encanto de amistad sincera,
De la falsa el terrible desengaño,
De la envidia feroz el negro amañó,
De la torva desgracia el suspirar:

Todo acude en revuelto torbellino,
En confuso tropel á nuestra mente,
Y un ¡ay! arranca sin cesar doliente,
¡Ay! que estremece nuestro pobre sér:
Hondo suspiro que la brisa lleva,
Eco profundo de dolor sombrío,
Perla que vierte el matinal rocío
Y llena la alba flor de rosicler.

Esa lucha imponente en la que débil
Muere la luz y la tiniebla avanza,
Ese emblema cruel de una esperanza
Que disipan las nieblas del sufrir:
Ese *adiós* melancólico que mudo
Pronuncia el día en la natura opaca,
Cuando el indio sus pieles y su hamaca
Tiende en el árbol donde va á dormir;

Esas mil voces que los ayres hienden
Unas á luengos ayes parecidas,
Otras de pechos con placer salidas,
Otras cual canto de inmortal querub:
Esos cien sonos que el murmullo aumentan
Del ave, el agua y las mecidas hojas,
Esos insectos con sus luces rojas,
Esa del campo celestial quietud;

Esa campana de oración vibrante
Que rasga el viento y los espacios mide,
Esa campana que al mortal le pide
Una plegaria que oirá el Señor:
Esa campana que el dominio anuncia
De la reina potente del misterio,
Y retumba en el negro cementerio
Como agudo gemido de pavor;

Esas llamas fosfóricas que brotan
De las humildes, solitarias huesas,
Llamas que mueren sin hacer pavesas
Y pasan cual relámpago fugaz:
Esas menudas gotas que humedecen
Mi ardiente frente al resbalar temblantes,
Y forman con la luna mil cambiantes
Sobre mi triste y angustiada faz....

Cuanto oigo y miro en rededor unido,
Cuanto á mi ansiosa vista se presenta
Mis males y mis dichas acrecienta,
Vida y tormento con afán me dá:
Goza la mente de dorados sueños
Y se bañan en llanto mis megillas:
Trémulas se doblegan mis rodillas
Y hasta al trono de Dios mi ruego vá.

Acaso algun fatal presentimiento
Amarga de mis sueños las dulzuras,
Acaso de mi amor las penas duras
Matan la idea de vivir feliz;
Acaso me recuerdan estas horas
Un tiempo que pasára deleitoso,
Aquel en que era mi existir hermoso,
Tranquilo como el río en su deslíz.

No sé que siento al empezar la noche:
Mas la noche tendió su largo velo
Y ha pasado, por fin, aquí en el suelo
La hora de amargura que canté.
La diosa del amante y del poeta
Desde el cenit al universo encanta,
Y tras tanto luchar y duda tanta
Vuelve á mi pecho la amorosa fé.

Agosto 8 de 1847.

Amalia Fenollosa.

EN UN ALBUM.

Cuando cantaba yo de esas que crecen,
Flores de Abril, la vida perfumada,
Entre tantos que flores os ofrecen
Puede daros á vos la mas preciada;
Pero, señora, ya no canto nada,
Sino las propias penas que entristecen;
Y en vez de canto, regalaros tédio
Ni á vos diera placer ni á mi remedio.

No es la poetisa ese jardín florido
Donde siempre un jazmin, una violeta
Nace para que adorne su prendido
La hermosa como vos—es el Poeta—

No siempre la muger doliente, inquieta,
Puede cantar como lo habeis querido;
Y en vez de cantos, regalaros tédio
Ni á vos diera placer ni á mi remedio.

Sabed que al consagraros estas hojas
Del íntimo del alma hoy arrancadas,
Siento de pena las megillas rojas
Porque lleguen á vos tan destrozadas.
Pero no tengo más.—Están heladas,
Y os pido por favor en mis congojas
Que me dejéis callar, pues no es remedio
Daros, Señora, con mis cantos tédio.

Carolina Coronado.

EL PADRINO POR FUERZA.

EPISODIOS DE VIAJE, POR D. E. R.

(Continuacion.)

Indiferente del todo mi compañera á esta escena, en la que, sin embargo, representaba el primer papel, se habia medio tendido en su asiento luego que se desahogó del peso que la incomodaba. En el opuesto iba yo con las piernas estendidas, desabrochado el chaleco, y aun creo que parte de los botones del pantalón, suelta la corbata, y tan dolorido el cuerpo como si me hubiesen quebrantado á palos.

—Dios mio, Dios mio, y qué desgraciada soy! fueron las primeras palabras que pronunció despues del chubasco, con estrema languidez.

—No soy yo mas afortunado, la contesté con una voz tan apagada que parecía salir de la boca de un moribundo.

—¿Qué opinarán esos señores? ¿Cómo me presento yo delante del mayoral, á quien habré puesto horriblemente?—Continuó llorando, al parecer.

—No se aflija V. señora, respondí—esforzando la voz—¡qué diablo! A cualquiera le sucede uno de esos percances, que, como el marearse, no están en nuestras manos poder remediar. Así se lo haré ver yo al mayoral, en caso necesario.

—Pero, ¿qué han de decir?

—Respecto á su opinion.... es muy sencillo adivinarla.

—Muy sencillo!

—Si señora; ¿qué duda tiene? En primer lugar, opinarán.... que no viajamos en ayunas; al menos los que van en el pescante.

—¡Se burla V. caballero!

—Sí, para burlas estoy yo!

—¡Ay! Jesus, qué dolores....

—¿El estómago otra vez? Pregunté sobresaltado con la idea de una segunda edicion.

—No señor.... estas piernas.... si pudiera alargarlas un poquito....

Inmediatamente encoji las mias.

—Gracias; ya están bien. ¡Cuántas incomodidades voy á causar á V.!

—Todas serán pocas, señora, á calcular por el placer que tendré en sufrirlas, y dichoso yo si logro que mis pobres ausilios la hagan olvidar nuestro primer encuentro.

—No fué muy agradable, me respondió con dulzura; pero de aquí á Madrid, á donde supongo que va V., ya habré tenido tiempo de indemnizarme con el tormento que le voy á dar, y vaya uno por otro.

—Suplico á V. que no piense....

—Dios mio! Qué desasosiego! Si en el camino.... ¡oh! ¡sería horroroso!

—¿Qué ha de ser? dije yo, interpretando muy mal los temores que la agitaban en aquel momento.

—Caballero, me replicó con una viveza que contrastaba mucho con su anterior flacidez; ignoro con quien viajo y á quien me dirijo en este instante: pero tengo veinte años, me encuentro sola á cien leguas de mis padres; V. es hombre, y

yo, en calidad de mujer, tengo un derecho á sus servicios.... no, á su compasion, caballero: si, lo que Dios no permita, me aconteciera una desgracia en el camino...

Veinte años.... y sola, á cien leguas de su casa.... no hay duda, me dije yo á mí mismo; ó es una cómica de la legua.... ó alguna moza fugitiva; pero de cualquier modo que fuese, era una jóven que habia impetrado mi socorro, porque padecía, y yo no podia ser sordo á los ayes de una mujer, y de una mujer mareada mucho menos. Así es que la dije despues de una breve pausa: —«Señorita, sin tratar de inquirir los motivos que la hayan obligado á hacer un viaje tan largo, y enteramente sola como V. acaba de decirme, la repito de nuevo mis anteriores ofertas. Asimismo, creo que su indisposicion, ó, mejor dicho, la nuestra, no tenga otros funestos resultados que los sabidos....

—Pero ¿y si los tuviera? Se apresuró á interrumpirme.

—La aseguro á V. que no, porque yo me he mareado algunas veces, y me consta que despues de aligerar....

—¿Y si yo no hubiese concluido...? me dijo balbuceando.

—¡Pobre mayor! pensé yo.

—¿Y si mi indisposicion se hiciera tan terrible...?

—Dios mio! seguí yo pensando; ¡ahora es el vientre!

—¡Ay, qué dolores!

—Ciertos son los toros!..) Señora, voy á llamar... voy á decir que paren...

—No, no, caballero... esto pasará... no llame V. no querrá Dios que sea tan desgraciada...

Los suspiros y mortal desasosiego de aquella jóven, me partian el corazon. Creyendo yo que todos sus dolores fuesen promovidos por los esfuerzos que hacia para no permitirse uno de esos actos, sin los que nadie vive en este mundo, y concibiendo la púdica repugnancia que habia de tener á ejercerlo delante de los que iban en el coche, la dije, procurando encubrir la vergüenza que mis palabras me causaban,—Señora, por mí no tenga V. ningun reparo; haga V. lo que tenga que hacer, aqui mismo; desahóguese V... que despues ya nos compondremos.

—Aqui mismo! respondió con un acento imposible de describir.

—¿Y por que no? la contesté; no haria V. mas, añadí á fin de animarla, que lo mismo que yo hice el año pasado viajando con un intendente.

—¡Es posible!

—Y tan posible como que es un hecho histórico.—Mentia, por supuesto, haciendo un agravio á mi abdomen...

—Caballero, V. se equivoca.

—Señora, insistí picado de esta réplica, como si tuviera razon, y resuelto á sostener la mentira:

Aseguro á V. bajo mi palabra de honor... (fíese V. en palabras de honor!) que el año pasado viajando en diligencia me vi obligado á... pues... á abortar... como si dijéramos...

—Como! exclamó mi contrincante con alegria, ¿seria V...?

—Servidor. ¿Ha oido V. contar el lance, por ventura?

—No, no es eso; quiero decir que... que si V. no fuera lo que parece... y si, por el contrario, alguna desgraciada jóven...

—Señora! replique yo, dando un brinco en el asiento.

—Oh, no tema V. nada de mí! me dijo, procurando cojer una de mis manos: yo tambien soy desgraciada, y por lo mismo sabré respetar y guardar mi descubrimiento; porque V. apesar de su disfraz, es una muger como yo.

Imposible me seria describir las diversas sensaciones que esperimenté al escuchar una equivocacion tan atroz. La formal conviccion con que aquella señora me dijo que yo no pertenecia al seco masculino, me hizo pensar por un momento en si efectivamente habria podido yo vivir treinta años que contaba, en una ignorancia tan estúpida. Aturdido materialmente con una declaracion tan estraña, de la que, sin embargo, me reservé por entonces el derecho de protestar mas adelante en caso de necesidad, no podia descubrir con qué objeto se me pretendia despojar de mis atributos de hombre; ya me iba inclinando á creer que todo aquello era una broma de mi heroína, cuando alentada esta, sin duda por mi silencio, insistió con mas vehemencia que antes, cogiendo por fin una de mis manos entre las suyas:

—Ah, señora! el cielo es quien ha dispuesto que viajásemos juntas para que fuera V. mi ángel consolador. Ahora estoy segura de que V. no me abandonará.... las mujeres tenemos ciertos instintos que no conocen los hombres, y V. que se ha mostrado tan cariñosa, tan compasiva....

—Señora, la interrumpí un poco amostazado, si es una farsa lo que V. está diciendo, la advierto que principia ya á disgustarme; si es un error inocente, cuya causa ignoro, está en mis sentimientos no abusar de él por mas tiempo y asegurarla que vive equivocada.

—¡Oh! no. Mi corazon me está diciendo la verdad, á pesar de su disimulo.

—Su corazon de V. es un torpe en esta materia.

—¡Dios mio, me replicó afligida! ¿qué inconveniente tiene V. en decirme que es una señora, á mi, pobre mujer, que tanto necesito de los consuelos de otra mujer?

—El inconveniente que puede originarse de sostener una cosa por otra. ¿Cómo quiere V. que yo la diga que soy mujer, seguro, como lo estoy, de que soy todo lo contrario, y con mas barbas que un S. Agustin?

—¡Oh, y qué tenacidad tan cruel!

—Pero, señora, por Jesucristo ¿si querrá V. saber mejor que yo el seco á que pertenezco? La digo á V. por última vez, que soy hombre, ¿lo entiende V.? hooom....bre.

—Hombre! ¿Y abortó V.... viajando con el intendente?

—Ah!.. si... si señora, la contesté recordando mi mentira.

—Pero eso es imposible, caballero.—Solo las mujeres pueden hacer ciertas cosas....

—Ni mas ni menos que los hombres, dije yo, aludiendo á los desentonos del mareo.

—Y aun las mujeres, añadió esta con cierto rubor, deben estar casadas....

—¡Eh! señora, la necesidad no reconoce secos ni estado. Es probable que una solterita sienta mas que las señoras mayores esa especie de desgracia; pero cuando la primera nos ataca de frente, y nos manda ejecutar ciertos actos, no nos queda otro recurso, seamos hombres ó mugeres, doncellas ó viudas, que obedecer sumisos, y hacer lo que yo hice casi encima del empleado en rentas.

—Es original... milagroso..! oi que decia mi compañera, como hablando consigo misma.

El dia principiaba á clarear.

—Y, dígame V. caballero, me preguntó despues de un instante, como entre indecisa y curiosa, ¿pudo V. criar la criatura... ó nació ya muerta?

—Criar yo la criatura? ¿dice V. que si pude criar...

—Pues! el niño, ó niña, ó lo que fuese...

—Señora, contesté sin saber lo que podía contestar á aquella singular pregunta: no sé,.. no comprendo á que da V. el nombre de criatura... al menos que... pero, en fin, V. debe saber lo mismo que yo, como nacen y se crían semejantes criaturas.

—Ay! no señor... este es mi primer embarazo en tres años que llevo de matrimonio.

—Como! ¿Está, V. en estado *interesante*?

—Pues no se lo estoy diciendo?—Ni mas ni menos que como V. se encontraba...

—Señora, repliqué, penetrando al fin el verdadero sentido de nuestro diálogo: un error de inteligencia es la causa de que vayamos jugando á los despropósitos hace una hora. ¿Cómo, sino, hubiera V. podido ni aun imaginar siquiera que yo, Antonio Tarancon, vecino de Tudela, de edad de treinta años, pudiera ser madre y nodriza... ¡yo madre, santo Dios!

—Con que.. al fin... ¿V. es hombre?

—Al fin, y al principio y desde que he nacido. ¿Le parece á V. añadí, que esta cara mas peluda que la piel de un oso sea propia de una señorita?

—Bien decia yo que era imposible.

—Toma! y tan imposible.

—Sin embargo, como V. aseguraba por su palabra de honor, que habia..... abortado.....

—Pero, señora, el aborto á que yo aludía en mi maréo, era un efecto puramente purgante del mismo.... una evacuacion.....

—Ah!!

—¿Comprende V.?

—Si señor, si.... me contestó, cerrando los ojos y acomodándose en su asiento como quien se dispone á dormir... Dos ó tres monosílabos mas concluyeron definitivamente la conversacion, sostenida hasta entonces por el interés del equivoco.

Los primeros rayos del sol principiaban á comunicar á nuestros miembros entumecidos por el fresco de la noche, un calor suave y apetecible. Los aromas de los campos, el piteo de los pajarillos, el ruido monótono y acompasado de nuestro vehiculo, interrumpido de vez en cuando por algunas palabras que cambiaban los mozos de mulas en los relevos de tiro, que se sucedían con rapidez, eran otros tantos alicientes que incitaban al sueño.

Yo era el único, sin embargo, que no podía dormir. Para mí no tiene atractivos la naturaleza cuando voy en coche. Doble contribucion pagaría de la que ahora pago, que no es poca, con tal de que se mandáran quemar todos los que hay en España. La igualdad ante la ley debería empezar, porque todos los ciudadanos fueran y viajáran como el JUDIO ERRANTE, so pena de construir carruajes en los que no se marease nadie.

Mi compañera se habia dormido. Yo me aproveché de su sueño para examinar sus facciones que me parecieron muy regulares, si bien algo marchitas por las incomodidades del viaje. En medio de su lustrosa frente se notaba una pequeña prominencia entre roja y azulada... maquinalmente llevé la mano á mi ceja recordando el, *Jesus qué barbaridad*. La parte izquierda de su papalina y mejilla conservaban todavia, aunque seco ya y restregado, el color del chocolate, como testimonio auténtico de mi escentricidad.—«Si un triste panecillo y media onza de chocolate, pensé yo, han embadurnado de esta manera una cara tan linda, ¿como estará la del buen mayoral con tantas salsas y jelatinas como se habrán filtrado por entre sus enormes patillas? ¡Cuitado! ¡Parecerá su cara la antigua muestra de un bodegon!»

Afligido por estas reflexiones, y por las que me sujirieron mi torpeza y debilidad, aparté la vista de la papalina de mi compañera, avergonzado sinceramente. En mi humilde arrepentimiento hubiera querido bajar los ojos hasta el suelo, como vulgarmente se dice: pero el hombre propone y Dios dispone. Una nueva protuberancia, cien mil veces mayor que las anteriores, y en la que por esta vez no tenía yo parte alguna, detuvo la marcha de mi descendente visual. Aquella señora no me había engañado. Su estado era *interesantisimo*, si se toma por esta palabra lo avanzado de su jesticion. Me horrorizé.—No comprendía yo como una muger jóven, y que por primera vez presentia los encantos inefables de la maternidad, arriesgaba su ecsistencia de aquel modo y la del fruto de sus entrañas, en un viaje tan largo. La idea de un súbito alumbramiento, allí, en un cajon de cuatro tablas, sin comadron, ni pañales, ni fajero, ni ninguna de esas mil gavelas que nos son tan necesarias cuando venimos al mundo, me helaba de espanto.

Y sin embargo, aquella jóven á quien yo compadecia cuanto es dable, iba durmiendo como una marmota sin cuidarse, al parecer, de su *interesante* situacion, y por consiguiente menos de su compasivo compañero.

Confieso que aquel sueño tan irracional, en mi concepto, me incomodó. Me preguntaba yo á mi mismo con una especie de rabieta pueril y ridícula, de que ahora me avergüenzo, porqué habia de dormir una muger que se mareaba, y estaba espuesta á perecer, cuando á mí, sin otra impertinencia que la del mareo, no me era posible hacerlo.

La desgracia nos hace egoistas, y yo llegué á serlo entonces de tal manera, que acusé á aquella pobre criatura de dura, insensible y no sé de cuantas otras cosas, avanzando en mi raquíutico encono hasta dudar de su estado interesante.—Miseria humana!

El cielo castigó mis malos pensamientos; tambien yo me dormí. Soñaba yo que estaba merendando en casa de mi Adela. Mi Adela... es decir, aun no es mia; la llamo así por un efecto del cariño sublimado que la profeso. Mi Adela es una jóven de diez y nueve años, tuerta, segun dicen los inteligentes, porque no ve mas que por un ojo; yo no soy voto en la materia; me tienen hartito deslumbrado los rayos que el otro arroja, para que pueda reparar en esas pequeñeces.

De cualquier modo que sea, Adela es para mi la criatura mas perfecta del mundo, el ventrículo izquierdo de mi corazon; en una palabra, mi novia.

Soñaba, como digo, que estaba merendando en su casa. Al rededor de una mesita de pino aparecíamos sentados, Adela, á mi derecha, su mamá á la izquierda, y yo en medio de las dos. Cinco hermanitos mas que tiene, hijos todos de un padre que se murió, segun noticias, por no mantener tan numerosa prole, figuraban en lontananza entretenidos en espulgar á un perro, cuyo advenimiento al mundo, así como la época, eran un enigma hasta para la respetable jefe de la familia.

Un inmenso monton de tiritas de papel, anchas de un dedo, largas de seis, en cada una de las que se leia cierto número de silabas, componia nuestra merienda. Eran los versos que yo habia escrito espresamente, á los ojos de mi adorada. Se principió el festin. Mi futura suegra asió una tirita, sirviéndose, al efecto, en lugar de sus dedos de un pico espátula perteneciente á alguna *zancuda*; y despues de haber leído en voz alta y sentenciosa «tus ojos son mas dulces que el almibar» escrito en el papelillo, se lo introdujo en la boca castañeteando los dientes, como si realmente mascára *cabellos de ángel*.—«*Vanitas vanitatum et omnia vanitas*» exclamó el Emperador Napoleon, en quien yo no habia reparado hasta entonces, sor-

biendo una buena dosis de polvo.—«No hay mas almibar en el mundo que la paz de las Naciones—y se calló metiéndose la mano entre el primero y tercer boton de la solapa de su redingote.

—Segun las naciones sean, contestó Epaminondas, dando un fuerte repelon á uno de los chicos que, en vez de llorar y huir, se acercó mas, riendo estrepitosamente.

Mi Adela entre tanto me flechaba los ardientes rayos que despedia su candente retina, negra como la mora, y que contrastaba admirablemente con la suavísima y dulce opacidad del otro ojo, grueso y limpio como una perla de las mayores, color de ópalo con rivetes de oro. Pendiente yo, digámoslo asi, de la corriente eléctrica que venia de sus divinos y heterojéneos ojos á los míos, estaba como un mastuerzo, con la boca abierta como se puede abrir, estático, embelesado sin cuidarme de los demas, y menos de comer los papelitos que los otros devoraban con ansia. Sin embargo, por una de esas aberraciones peculiares á los ensueños, veía yo al mismo tiempo que, á medida que íbamos comiendo versos, nacian de nuestras orejas, boca y ojos, ramas frondosas cargadas de ciruelas, melocotones, higos, peras, segun el árbol que cada cual se comia, escrito en el papel; porque yo comparaba siempre la hermosura de mi Adela, á la de todas las plantas, y preferentemente á la de los arbustos y árboles frutales.

Mi suegra, que manaba por cada poro y agujero de su cuerpo un hilo de almibar, debió advertir la inaccion de mis mandíbulas, y se encargó de llenarme la boca de tiritas, temiendo sin duda que un yerno como yo se desgraciase por falta de alimento.... Los chicos que se habian reproducido como los pólipos, estaban agarrados á la madre de quien chupaban como cachorros. Mi cabeza iba creciendo, trasformada en la fuente de la *Cibeles*, en cuyo pilon iba yo soplando con un canuto, en términos que ya no cojia en la sala.... Epaminondas peinaba á Adela.... Su ojo perlino habia aumentado tan estraordinariamente de volúmen, que dentro de él se veía á Napoleon teniendo á mi suegra sobre las rodillas, á guisa de vihuela, que el Emperador tañía con bastante gracia.

Mi cabeza habia levantado ya el techo de nuestra habitacion y con él tres pisos mas; segundo, tercero y boardillas. Las voces y lamentos que arrojaban sus respectivos inquilinos, precisados á viajar de aquel modo por entre las nubes, contristaban mi corazon.—Entre ellos iba un loro que me llamaba por mi nombre.... este loro era un diputado á córtés, pariente mio.—Los ademanes furiosos que hacian aquellos infelices como para precipitarse de lo alto de los balcones, me hacian derramar abundantes lágrimas, que iban recogiendo los aguadores de PORTA-CELL. Dos ó tres veces intenté quitarme aquella monstruosa cabeza que me abrumaba. ¡Vano intento! Mis brazos no obedecian á mi voluntad, y permanecian inmóviles y pesados como si fuera cada uno de ellos la cordillera de los Andes.

La infernal gritería iba en aumento. Debajo de mis pies se oian ruidos sordos y estraños, como los que producen los volcanes antes de su erupcion.—No osaba dirigir los ojos á la cumbre altísima de mi cráneo, por temor de ver desplomarse sobre mí mismo aquella enorme jaula, en donde iban encerradas, como fieras rabiosas, mas de setecientas cincuenta y seis mil personas.

Mis rodillas principiaban á flaquear.—Sentia que se desmoronaba por momentos la colosal pirámide; enormes piedras se desprendian de la cúspide que se iban aumentando con las que se las agregaban en su rápido descenso.—Yo estaba sentado encima de mis narices, desde donde escuchaba helado de espanto el ruido horroroso que hacian aquellos peñascos al caer.—Un fuego vivísimo, incesante, rasgó de

pronto el velo negruzco del firmamento.—Al fuego siguió un frío glacial que me penetraba hasta la médula de los huesos.—Después caía el agua á torrentes entre pedazos de roca.—Cerca, muy cerca de mis pies se había formado un lago cuyas aguas parecían de betún. De su cenagoso fondo subían á la superficie monstruos marinos que me miraban con ojos infernales, lanzando chorros de aquella agua inmunda que mojaba mis vestidos, por sus anchos respiraderos.—Quise dar voces pidiendo auxilio.... mi lengua era de hierro. No podía huir.... parecíame que estaba pegado á mi sitio con cal y yeso. Era una piedra con inteligencia.—Ya me iba faltando el aire para respirar.... ¡qué angustias, qué congojas... me ahogaba...! Conociendo, en fin, que mi muerte era inevitable, cerré los ojos y me eché á rodar al fondo del lago, con mi cabeza y Napoleón, Epaminondas y demás familia.

(La conclusion en el número siguiente.)

UN RECUERDO AL TORREON DE PRENDES.

(Asturias.)

Solitaria está la torre
Solitaria está ¡mía fé!!
Solitaria en la colina
Que apenas alcanzo á ver.

Pobre señor olvidado
De su numerosa grey,
Allí está cual un fantasma
Sin columnas ni oropel.
¡Salve, la severa torre
Morada acaso de un rey!
La de la ojiva ventana,
La del pulido dintel,
La de la verde cortina
Que el áura agita al nacer!
Mil veces cruzé de Prendes
El romántico vergel;
Y al brillo de las mañanas,
De las tardes al caer,
En alas del entusiasmo
Vine á cantar á tu pie:
Oculta de tu ventana
En la primorosa red,
Aspirando la verdura
De su mágico dosel,
Mil veces la augusta sombra
De tu señor evoqué.

Tan solo el cuervo que anida
Sobre tu altiva pared,
Tan solo el eco que cruza

Del uno al otro dintel,
Respondió con su lamento
Al lamento que yo alzé!
¡Monumento sin historia,
Sin un recuerdo de ayer,
Ni un árbol te presta sombra,
Ni una flor crece á tu pie!

.....
.....

Solitaria en la colina
Que apenas alcanzo á ver,
Solitaria está la torre
Solitaria está ¡mía fé!!

—
Bella página sin nombre
De los siglos que pasaron,
¿Porqué ni un vago renombre,
Ni un recuerdo para el hombre
Tus señores te dejaron?

—
¿Porqué, cuando se extinguieron
Con sus tiempos ideales,
En tus muros colosales
Ni una tan sola escribieron
De sus hazañas feudales?

—
¡Pobre esqueleto sombrío!
Ni el ave que se avecina
Saluda tu poderío,

Ni su cinta cristalina
Tiende á tus plantas el rio!

—
Ni te dá la tierra honores,
Ni sus espumas los mares,
Ni su perfume las flores,
Ni el poeta sus cantares,
Ni su culto los pastores!

—
Que esa hueste que pasó
Hollando pueblos y leyes,
Esa luz que se apagó,
Ni del manto de sus reyes
Un harapo te dejó!

—
Mas ¿qué importa, si tu frente
Tan solo torre se inclina
(1) Del rayo al soplo candente?
Si el huracan impotente
Ni conmueve tu colina?

Si la parda sien alzando
Vas sobre pueblos y leyes,
Impasible contemplando
La tumba que van llenando
Los esclavos y los reyes?

—
¡Ay! cuando mi nombre oscuro
Haya del mar de la vida
Ganado el puerto seguro,
Y solo quede en tu muro
Mi rúbrica carcomida;

—
Tú que al mundo admirarás,
Tu que ufana te alzarás
Sobre el sepulcro del hombre,
Enséñales ese nombre
A los que vengan detrás!

Robustiana Armiño de Cuesta.

LOS SIETE NOVIOS DE LA BELLA JULIA.

NOVELA ORIGINAL DE D. M. LARRAZABAL.

(Continuacion.)

Doña Tiburcia, apoyada en el brazo de su hermano, y María en el de su doncella, marcharon de la casa en direccion de la administracion de diligencias, sin mas guia ni otra luz que Eusebio y su farolito.

El enamorado galan, disfrazado de mozo de cordel, volvía de vez en cuando la cabeza, tosia con frecuencia y estornudaba á menudo, por ver si podia llamar la atencion de su querida que marchaba detras de su padre y de Doña Tiburcia. Desesperado Eusebio del poco fruto que daba su improvisado constipado, y convencido de que era imposible que María pudiese ver las contorsiones y gestos que él hacia, en atencion al grande obstáculo que ofrecia la obesa pareja, dio á propósito un gran tropezon y se dejó caer en el suelo, con el objeto de que el farolito se hiciera dos mil pedazos y la calle quedase en tinieblas.

—¡Vaya una torpeza! esclama el tribuno D. Pantaleon.

—A la verdad que debe ser muy torpe el mozo para caer en una calle tan llana como la palma de la mano. Yo no sé como el Sr. Administrador encarga á muchachos tan zopencos que acompañen á los viajeros. Para listos los franceses, y en particular aquel....» iba á apostrofar Doña Tiburcia al tambor, pero un fuerte codazo de

(1) Un rayo derribó una de sus esquinas.

su hermano, al mismo tiempo que el repentino naufragio de uno de sus zapatos bordados en cañamazo en una pequeña charca que habia en la acera, contribuyeron á que por aquel entonces no saliese á relucir el *franchute*.—¡Virgen de los remedios! en qué lodazal me he metido!—Gertrudis, acérquese V aquí.

La doncella obedeció á Doña Tiburcia, dejando á María sin el apoyo de su brazo, pero bien pronto la hija de Zamallon encontró otro mas fuerte, robusto y seguro; y oyó unas palabritas que fueron como un bálsamo (palabras de un poeta) para mitigar el agudo dolor de su corazón. Eusebio y María entablaron un dialoguito muy animado: sus apasionados corazones sentian una dulce emocion que no somos capaces de explicar. Las palabras que mutuamente se dirigieron, podrán suponerlas algunas de las bellas lectoras y enamorados lectores de *Los Hijos de Eva* que se hubieren hallado en iguales circunstancias y situaciones, es decir, próximos á ausentarse del objeto de sus sueños.—Por nuestra parte solo diremos que hubo aquello de *no me olvidarás, te seré fiel y constante, me escribirás* y otras cosas por el estilo.

Doña Tiburcia encontró por fin su rico zapato bordado en cañamazo, criticó mucho á los mozos españoles por su torpeza, y encomió de nuevo á los franceses y especialmente á los que vinieron el año ocho batiendo marcha desde Italia; pero no se atrevió á apostrofar al tambor, de miedo que su hermano le diese otro codazo con intencion. Gertrudis volvió al lado de su señorita; mas como su puesto estaba ocupado, como sirviente fiel y muger callada no dijo una palabra, y continuó su marcha á dos pasos de la enamorada pareja.

—Qué ajeno estará ahora aquel galopin que ha trastornado la cabeza de mi hija, de la saludable determinacion que hemos tomado!

—De seguro que va á quedarse estupefacto cuando sepa que mi sobrina se ha ausentado de Vitoria tan repentinamente.

—Mira, Tiburcia, de lo que estoy mas contento es de que nuestra resolucion se haya egecutado sin dilaciones ni contratiempos: ayer tarde pensamos en el viage, y dentro de media hora va á ponerse en práctica. Yo creo que si dejamos pasar un dia hubiera sido fácil que ese diablillo miserable, hubiese hecho todo lo posible para hablar á María, y entonces nuestro plan quizá hubiera fracasado, al menos en parte.

—Tienes razon, hermano: María le hubiera enterado de que el viage era contra su voluntad, y esto á nosotros nos interesa ocultarlo. Nosotros debemos decir á todos que María ha roto las relaciones con ese muchacho, que ella misma ha sido el autor del viage, y así que volvamos de nuestra expedicion yo me encargaré de inventar unos nuevos amores con un conde extranjero de noble estirpe.

—Harás muy bien, pues de este modo perderá toda esperanza ese pisaverde.

En aquel instante Eusebio estampó un beso en la mano de María, jurándose recíprocamente eterna fidelidad.

El coche que debia conducir á Doña Tiburcia y su sobrina estaba ya preparado: algunos viajeros habian ocupado sus puestos en el interior y rotonda. Tía y sobrina se colocaron en la berlina. El mayoral no esperaba mas sino que el reló diese las cuatro para hacer rodar al coche. Eusebio estaba pegado á una de las portezuelas sufriendo lo que no es creible. Una mano que salió de una de las ventanillas del coche hizo que el jóven se distragera de su triste meditacion, y que por un acto de su entusiasmado amor imprimiese cinco besos seguidos sobre un cutis algun tanto surcado. — ¡Ah! tambor de mi vida! tambor de mi corazón, adios para siempre!—la mano que habia besado Eusebio era la de Doña Tiburcia. El coche partió de la administracion.

CAPITULO VI.

En el que, despues de algunas reflexiones del autor, se relata el cómo á SINALEFA, por cantar unas coplas muy tristes, le metieron en una banasta de huevos; en el que tambien se pinta un juego Chino, y sale á relucir D. Eustáquio TRAGA-ESPEDIENTES, Baron del Azufrador.

Apesar de haber bailado SINALEFA como un bolero ó danzarin, y de haber hablado mas que una cotorra en el salon del Liceo, no ha descansado ni tres minutos, pues desde que se retiró á su casa no ha hecho otra cosa que emborronar varias cuartillas de papel, con el laudable objeto de confeccionar unas cuantas coplas con las que trata de hacer una declaracion amorosa á la encantadora Maria. Eusebio tampoco ha dormido nada, porque la tierna mirada de su querida le ha vuelto á trastornar, arrebatándole la calma que gozára dos dias antes. Julia ha pasado el resto de la noche formando castillos en el aire respecto á su nueva conquista: unas veces ha creido que el jóven rubio está apasionado de ella, y otras ha pensado lo contrario, en atencion á la indiferencia con que la ha hablado. Por manera, que con pensamientos tan encontrados y con transiciones tan repentinas y diversas ha conseguido la infeliz coqueta convertir la noche en dia y el dia en noche. A semejantes *vice-versas* se esponen las que habiendo conseguido en el apogeo de su juventud ahogar todo sentimiento de cariño y de amor, confiadas en sus gracias, atractivos y numerario, se echan en brazos de la especulacion, haciendo que el dulce y tierno *Cupido* represente el papel de un comerciante usurero. Empero, el dioscecillo, que de todo toma cuenta, y que no sufre se rian en sus vigotes, tarde ó temprano se venga por cuantos medios son imaginables.

Unas veces condena á las infelices, ó, á una clausura perpétua sin profesion de fé ni entrada en convento alguno, ó á ser modistas contra su voluntad para los actos solemnes y para los dias de incienso. Otras, bien las da por compañeros unos prógimos que habiendo pasado por sesenta mayos floridos, tienen las cabezas sin flor ó con rastros artificiales y las mandibulas armadas de los despojos de algunos víctimas sacrificados, no en las aras de la patria sino en las tarimas de algun hospital, y que por lo tanto se ven espuestas con frecuencia, (y en particular en las mesas redondas) á quedar fuera de combate al menor contratiempo con las viandas, por aquel axioma que dice: «*A quien de lo ageno se viste en la calle le desnudan*» ó bien, en fin, las regala un esposo que por falta tiene un ojo de menos, y por añadidura una prominencia en forma de mochila, y por apéndices dos callos á los cuales el fabricante de zapatos tiene que construir departamentos salientes á manera de baluartes; y si á todo esto le agregamos por via de suplemento una gota crónica que le haga pasar el dia, la mitad gritando y la otra mitad gruñendo, las caricias del amor serán, pues... dulces como el agenjo y tiernas como la roca. Pero basta de sermon, pues ya irá cansando á mis queridas lectoras, y pasemos á lo que mas importa.

Maria tambien ha estado pensando el resto de la noche, no en aquellos dias venturosos en que Eusebio—para probarla el amor puro que la profesaba—recurria á sus graciosas invenciones, sino en el baile. Alli ha visto á su amante junto á una jóven, tambien hermosa, que goza entre los elegantes del mas alto prestigio: ha observado (porque una jóven todo lo observa) que Eusebio no se ha separado del lado de Julia sino por muy cortos momentos: ha advertido tambien la sonrisa, la arrabilidad de la jóven cuando Eusebio la dirigia la palabra; y, por último, tampoco han pasado desa-

percibidos para ella el gozo, la alegría y hasta la satisfacción que al parecer sentía su amante al lado de la joven elegante. ¡Fatales premisas son todas estas observaciones, para que una bella que ama de veras pueda deducir una consecuencia que alegre su corazón!.... La pobre, la sencilla, pero hermosa y angelical María, fascinada por las apariencias, empieza á sentir en su corazón el efecto de los celos.

(Se continuará.)

La siguiente composición es una de las primeras de su joven autora, en cuyos adelantos literarios tienen no pequeña parte el sano consejo y dirección de su amiga la señorita Doña CAROLINA CORONADO. Quien con tan recomendables auspicios comienza, merece que se le aliente en el camino que ha emprendido, como por nuestra parte hacemos hoy, insertando los versos que van á continuación, notables por la dulce sencillez, y tímida, pero agradable elevación de concepto, que revelan siempre las primeras inspiraciones de los verdaderos poetas.

MEDITACION.

¡Cuán hermoso, cuán puro y refulgente
Aparece en Oriente
Ese sol que ilumina
La encumbrada colina,
El valle mas profundo
Y cuanto encierra en su extensión el mundo!
La tierra en torno suyo va girando,
Y fiel le va mostrando
De todas las naciones
Las ricas poblaciones,
Floridos prados, bulliciosas fuentes,
Y volcanes, y mares, y torrentes.
Y los restos también de antigua gloria
Que describe la historia
De los héroes que á España conquistaron;
«Amiga» la llamaron,
Queriendo de Cartago libertarla,
Para luego á su imperio sujetarla....
Escritos veo de los grandes hombres
Los inmortales nombres,
Y aunque su gran valor he contemplado
Sus glorias no he cantado,
Porque quisieran admirar mis ojos
De sus brillantes lauros los despojos.
Que yo no he visto el triunfo del Romano,
Ni el Arco de Trajano
Que en Mérida, *La Augusta*, se levanta
Y no holló con su planta
El Tiempo, ni los grandes monumentos
Que la sirven de apoyo en sus cimientos.
Porqué la tierra donde yo he nacido
El cielo no ha querido
Dotar de esos encantos,
Que inspiran dulces cantos,
Y solo es dado ver á mi fortuna
La torre en que brilló la media luna.
Porque ella me recuerda la victoria
De los cristianos gloria,
Contra la altiva, musulmana gente,
Que escondida en Oriente
Aun recuerda temblando
A la heroica Isabel, al gran Fernando.
Y sobre la alta almena colocada,
Por el viento agitada
Parece que se inclina suplicante
Hacia Arabia constante,

Pidiendo con afán á sus amigos
Que la quiten los hierros enemigos.
Sueño ver los guerreros musulmanes
Que en negros alazanes,
Blandiendo los alfanjes orgullosos,
Se acercan temerosos
A la tierra que habitan los cristianos
Y donde muerte hallaron sus hermanos.
Y sueño ver sus tierras deliciosas,
Las mezquitas hermosas,
Los palacios de mármol fabricados
Con el oro y las piedras adornados,
Y el sepulcro de Cristo allí escondido
Del cristiano tesoro apetecido.
¡Todo es hermoso allí, todo divino!
¡Dichoso el peregrino
Que, atravesando mares,
Visita esos lugares,
Mientras que yo, envidiando su ventura,
Me oculto en el rincón de Esremadura!
¡Perdon! tierra querida, si me quejo
Si de tí no me alejo,
Pues tal vez si llegase mi partida
Me vieses conmovida,
Al dejar este suelo en que he nacido
Y que también, dichosa, he bendecido!
Mas tus flores perdieron su belleza,
La brisa su pureza,
Y para mí en tu clima tan templado
Ya todo lo ha agostado
Un aire abrasador. ¡Ay! la inconstancia
De los amigos de mi tierna infancia!
Y lejos de ellos puede el alma mía
Recobrar la alegría
Que la robaron en tan cortos años
Cruelles desengaños;
Y encontrar en las musas el consuelo:
¡Don admirable que concede el cielo!
Por eso canto al sol entusiasmada,
Y á su luz adorada
Quisiera contemplar tanto portento,
Llevando el pensamiento
Que la gloria ambiciona
Hasta el confin de la remota zona.
María Cabezado.

Noches pasadas se efectuó el casamiento del Sr. D. Ramon de Campoamor, Gefe político de esta provincia, y uno de los poetas mas queridos del público español, con la señorita Doña Guillermina de Górmán. La circunstancia de ser esta apreciable jóven citada como el modelo de las virtudes, por las bellas prendas que adornan su corazon, y ademas por su candorosa amabilidad, notable talento, dulzura de carácter y ameno trato, ha contribuido á hacer mas deseado este feliz enlace, que lo era ya por las nobles cualidades del Sr. Campoamor, quien—á una buena reputacion literaria justamente adquirida,—ha sabido unir en circunstancias dificiles para el pais la fama de una de las autoridades mas benéficas y tolerantes. Nosotros nos apresuramos á felicitar á entrambos, y á manifestarles nuestros deseos de que su nuevo estado complete la dicha de que son merecedores.

ARCO-IRIS.

Ha llamado la atencion de nuestros cólegas de la córte y de provincias el folleto que con el título de *La dotacion del culto y clero en España* acaba de publicar el licenciado D. Manuel Fernandez Capalleja. La suma gravedad del asunto, la lógica con que están espresados los pensamientos notables que contiene, el buen lenguaje y correcta diction con que está escrito, revelan, al par que grandes conocimientos en el jóven y estudioso autor, buena fé en la dilucidacion de materia tan espinosa, (circunstancia esta digna de tomarse en cuenta en estos tiempos de pugna y de controversia), y vivos deseos de acertar. Por poco acordes que puedan estar nuestras opiniones con las del autor en algunos puntos esenciales, no por eso nos creemos menos obligados á recomendar á nuestros suscritores la lectura del folleto, cuyo interés acrece doblemente desde que el Gobierno de S. M. ha presentado al Congreso en la sesion del 15 de enero, el proyecto de ley de dotacion de culto y clero. A los respetables miembros del clero español es á quienes nos dirigimos particularmente, pues no dudamos sabrán apreciar debidamente los sentimientos eminentemente religiosos de que se halla animado el jóven literato.

Véndese el folleto en las principales librerías del reino.

Pocos periódicos hay que no hayan hablado ya ventajosamente de las entregas publicadas hasta ahora de la obra que con el título de *la Cuestion social* escribe D. Sisto Cámara. En nuestro concepto los elogios con que la prensa ha acogido esta obra son merecidos, pues proponiéndose su autor hacer un crítico análisis de la muy aplaudida de Mr. Thiers, titulada *De la propiedad*, lo verifica de una manera persuasiva, atinadísima y con la copia de razonamientos sólidos y juiciosos nesaria para combatir con fruto muchas ideas, fundadas sobre no tan firmes cimientos, del célebre escritor francés. La lectura de esta obra, que nos apresuramos á recomendar á nuestros suscritores, es tanto mas oportuna y útil cuanto que versa sobre las cuestiones mas importantes que se debaten en el dia: siendo su objeto, como se comprende desde luego, poner al lector al corriente de todas las ideas y sistemas modernos, en cuyo nombre se proclama la revolucion social. El Sr. Cámara, jóven de 22 años, descubre en lo que hasta el presente lleva publicado en esta obra una ilustracion no comun, en tan corta edad; y sabe dar un interés tal á las materias, que lejos de decaer aumenta á medida que se adelanta en la lectura. El importe de cada entrega es 2 rs. y medio. Suscribese en Alicante en la imprenta y libreria de Carratalá,